



# Documentos



## LOS METODOS DEL PARTIDO CONSERVADOR UNIDO

Nuestros lectores encontrarán a continuación el texto de un documento emanado de la Junta Ejecutiva del Partido Conservador Unido y la casi totalidad de los parlamentarios de dicha colectividad.

Es una carta colectiva dirigida al Excmo. señor Antonio Samoré, Secretario para Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios del Vaticano.

El fue escrito en relación con las divergencias de orden ideológico-político producidas en nuestro país con motivo de la campaña presidencial. No dudamos de que este texto, no dado a la publicidad por los

firmantes y no mencionado siquiera como gestión oficial del Partido Conservador Unido ante la Santa Sede, será de indiscutible interés para nuestros lectores, ya que contribuye a que se conozca con exactitud la posición del Partido Conservador Unido y los métodos de índole reservada que usó durante la campaña, a fin de volcar a la Iglesia a su favor. Creemos asimismo que el tono del documento relacionado basta por sí para tener una imagen fiel de la actitud de los hombres del Partido ante la Iglesia misma, y ante sus representantes.

Excmo. Sr.  
Antonio Samoré  
Secretario para Asuntos  
Eclesiásticos Extraordinarios.  
CIUDAD DEL VATICANO (ROMA).

Excmo. Señor:

En septiembre de 1957, la Junta Ejecutiva del Partido Conservador Unido de Chile encargó a su Vicepresidente, senador don Francisco Bulnes Sanfuentes, y al jefe de su Comité Parlamentario, diputado don Luis Valdés Larrain, que, con ocasión de un viaje que harían a Francia por invitación del gobierno de ese país se dirigieran a Roma a fin de alertar a la Secretaría de Estado de la Santa Sede los puntos de vista del mismo Partido frente a la división de los católicos en la política chilena y, especialmente, frente a la intervención que estaba tomando una parte del Clero en las luchas políticas de los católicos entre sí.

Nuestros comisionados, cumpliendo el en-

cargo en referencia, tuvieron el honor de entrevistarse con el Excmo. señor Grano, primero, y con V. E. después. A Monseñor Grano pudieron hacerle una exposición completa del problema; pero a V. E. sólo pudieron hacerle una síntesis de la misma exposición, a causa de lo avanzado de la hora en que comenzó la audiencia. En vista de ello, V. E. tuvo la gentileza de sugerirles la presentación de un memorándum sobre la materia, sugerencia que los señores Bulnes y Valdés aceptaron y agradecieron.

Nuestros comisionados, dentro del natural deseo de someter a los demás dirigentes y parlamentarios conservadores el texto de un documento de tanta importancia pensaron redactarlo y despacharlo a su regreso a Chile. De vuelta en el país, cuando ya había cobrado gran intensidad la campaña de los diversos candidatos a Presidente de la República, estimaron los señores Bulnes y Valdés y los demás dirigentes del Partido que era conveniente postergar por un tiempo la presentación del documento, a fin de que nadie pu-

diera relacionar esta iniciativa con los intereses electorales del momento.

Próxima ya a realizarse la elección presidencial, creemos llegado el momento de elevar a la consideración de V. E. la referida presentación y lo hacemos mediante la presente carta, que firman todos los miembros de la Junta Ejecutiva, Senadores y Diputados del Partido Conservador, con excepción de algunos que se encuentran fuera del país o muy distantes de la capital.

Invocando no nuestras modestas personas, sino las representaciones que investimos y la importancia de la materia, nos atrevemos a suplicar a V. E. que se digne hacer llegar nuestro pensamiento hasta el Santo Padre, a quien reiteramos nuestra filial devoción y nuestra absoluta obediencia, implorándole al mismo tiempo su Bendición.

---

Como está en conocimiento de V. E., los católicos chilenos nos encontramos divididos, dentro del campo de la política, en dos sectores que tienen diferencias profundas de conceptos y que actúan casi siempre en posiciones opuestas y en combinaciones antagónicas de partidos.

Esta división data del año 1938, cuando, a raíz del triunfo que obtuvo por pequeña diferencia de votos, el candidato presidencial del Frente Popular sobre el abanderado de los Partidos Conservador y Liberal, los dirigentes de la Juventud Conservadora levantaron tienda aparte bajo el nombre de Falange Nacional, manifestando desde el primer momento una decidida animadversión hacia su antiguo hogar político y una abierta simpatía por las fuerzas triunfantes, que eran principalmente los Partidos Radical, Socialista y Comunista.

En los veinte años transcurridos desde entonces, las divergencias no se han morigerado, sino que, por el contrario, se han ido haciendo cada vez más hondas y más difíciles de superar. Consecuencia de ello es que, en la actual campaña electoral, postulan a la Presidencia de la República —además de un candidato marxista y otro masón— dos candidatos católicos, el señor Alessandri y el señor Frei, siendo de notar que cada uno de estos últimos tiene el apoyo entusiasta de un sector católico y la firme oposición del otro.

El sector católico que podríamos llamar “de

Derecha” —dentro de la relatividad de este concepto— tiene como columna vertebral el Partido Conservador Unido, en que militan los suscritos; pero comprende, además, a los numerosos católicos que pertenecen al Partido Liberal —y que influyen poderosamente en la acción de esta colectividad política— y a numerosos elementos independientes que, sin militar en partido alguno, acompañan a aquellas colectividades con sus votos y se consideran políticamente representados por ellas.

El sector católico que puede llamarse “de Izquierda” —y que es mucho menos numeroso que el anterior— está identificado con el Partido Demócrata Cristiano, el cual no es sino la antigua Falange Nacional, que cambió su nombre el año recién pasado, al incorporarse a ella un pequeño sector Conservador disidente y cierto número de simpatizantes que hasta entonces no estaban oficialmente afiliados a aquella colectividad. A la actual candidatura presidencial del senador Frei, cooperan, además, un número considerable de ciudadanos independientes y dos partidos de ideología imprecisa que crecieron al amparo de la popularidad del Presidente Ibáñez —hoy extinguida— y que están en franco proceso de disolución, porque la mayor parte de sus fuerzas electorales están con la candidatura del senador Alessandri.

La profundidad de las diferencias ideológicas que separan a ambos sectores católicos y los largos años de lucha entre sí, no hace dable suponer que —salvo circunstancias impensadas— pueda producirse entre ellos una conciliación duradera.

Quizás si la oportunidad de lograr esa conciliación existió hace poco más de un año, cuando surgió la candidatura del señor Frei en circunstancias de que no se perfilaba aún la candidatura del señor Alessandri ni de ningún otro elemento de esta tendencia; pero esa oportunidad, si existió, fue malograda por causas imputables al señor Frei y a los dirigentes de su partido, causas entre las cuales podemos señalar brevemente las siguientes: a) que el candidato falangista no mostró propósito alguno de llegar a acuerdo con el Partido Conservador en materias tan graves como la del comunismo —a quien más adelante nos referiremos— sino que, por el contrario, afirmó pública y reiteradamente que mantenía todos los postulados que había sustentado en su vida política, entre los cua-

les sobresalían su aversión al Conservantismo y sus complacencias con el Comunismo; b) que el señor Frei y la Falange, en mayo de 1957, confirmaron sus propósitos de no conciliar con el Partido Conservador, puesto que adoptaron el nombre de Partido Demócrata Cristiano, reclamando para sí la representación exclusiva en Chile de una doctrina que el Conservantismo encarna y profesa hace muchas décadas; y c) que los esfuerzos de los dirigentes de la campaña freísta, esfuerzos a que no pudo ser ajeno el candidato mismo, no estuvieron destinados a obtener lealmente el apoyo del Partido Conservador, sino a dividirlo y anarquizarlo, como quedó de manifiesto en el mes de agosto, cuando los diputados demócratas cristianos, creyendo asegurado el apoyo del Partido Liberal y pensando erróneamente haber conquistado la masa conservadora y a algunos parlamentarios de esta tendencia, acordaron por unanimidad pedir al señor Frei que no solicitara el concurso electoral del Partido Conservador.

La división de las fuerzas católicas en lo político es de por sí lamentable, pero en los últimos tiempos se ha producido un hecho nuevo que viene a darle caracteres de excepcional gravedad.

Este hecho nuevo —que motiva esta presentación— es la intervención activa, beligerante y en no pocos casos violenta que ha asumido una parte del Clero, secular y regular, en favor del sector católico de Izquierda y en contra del otro.

Sería muy largo detallar la forma en que esa intervención se realiza y los hechos que la comprueban. No creemos necesario hacerlo —a menos que V. E. lo estime útil porque se trata de un fenómeno público y notorio, que ya ningún chileno ignora. Bástenos decir que un gran número de sacerdotes emplea permanentemente todos los medios a su alcance para favorecer al sector católico de Izquierda y perjudicar al otro.

Agrava considerablemente esta situación la circunstancia de que algunos Obispos, afortunadamente pocos, toman parte activa en esa contienda política y aparecen ante la opinión pública como los mentores espirituales del sector católico de Izquierda.

Y más la agrava aún, el hecho de que ese sector invoca en favor de sus posiciones políticas la alta autoridad del Excmo. Nuncio de Su Santidad.

El estado de cosas a que nos referimos no sólo constituye en nuestra opinión una notoria injusticia, sino que además puede comprometer para el futuro en forma irreparable la adecuada defensa de los intereses católicos en el campo político. Procuraremos disponer brevemente las razones que nos hacen pensar así.

El Partido Conservador —a que pertenecemos— es la única entidad política chilena que en su Programa se declara católica y rinde sumisión a las enseñanzas de la Iglesia, como es también la única que está integrada exclusivamente por católicos. A través de toda nuestra historia, desde los orígenes de la República hasta la fecha, los conservadores hemos procurado inspirar nuestra acción política en los principios católicos, hemos confesado invariablemente nuestra fe, hemos profesado absoluta obediencia y lealtad a la Iglesia, la hemos defendido frente a todos los ataques y hemos sufrido por ella agravios y persecuciones. Tal posición acarrea a nuestro partido serias limitaciones en sus posibilidades de expansión y predominio; pero hace de él un elemento indispensable para un país como el nuestro, donde los enemigos de la Religión dentro de la política se mantienen permanentemente en acción o en acechanza.

Nuestro entendimiento cordial con el Partido Liberal ha influido decisivamente para que esa colectividad —donde también militan numerosos católicos y cuyo Programa no contiene, desde hace muchos años, ningún postulado inaceptable para los católicos, siendo de notar que está muy distante de la doctrina económica individualista—, contribuye con sus votos y su peso político a defender los altos intereses de nuestra Religión en materia de familia y educación. En los últimos años, y con el concurso liberal, hemos impedido la implantación legal del divorcio con disolución del vínculo; hemos conseguido establecer o mantener las clases de Religión en las escuelas y liceos fiscales; hemos obtenido cuantiosas subvenciones permanentes para los establecimientos católicos de enseñanza elemental, secundaria, universitaria y técnica; hemos logrado libertad de programa y reconocimiento oficial de títulos para las Universidades Católicas y otros planteles educacionales sostenidos por la Iglesia, y, en general, hemos contrarrestado cada vez

con mayor eficacia, la influencia de la masonería, tan poderosa en Chile.

La prensa conservadora, entre la cual se destacan los importantes rotativos "El Diario Ilustrado" de Santiago y "La Unión" de Valparaíso, han estado al servicio invariable de la Iglesia, y otro tanto puede decirse de la prensa liberal en los últimos 30 años.

En las filas conservadoras, principalmente, pero también en las liberales, militan en todo el país la gran mayoría de los hombres y mujeres que cooperan al sostenimiento y a la acción de la Iglesia con sus recursos económicos o con su esfuerzo personal.

La casi totalidad de los conservadores son ciudadanos que carecen de toda ambición política personal y que prácticamente participan de la acción política guiados por el propósito fundamental de defender los principios católicos.

Comprenderá V. E. que, para los dirigentes y militantes de un partido como el nuestro, la hostilidad de una parte del Clero aparezca como una grave injusticia, sea causa de una amargura profunda y engendre en los ánimos la más honda preocupación. Y para nadie es posible desentenderse de esa hostilidad, porque ella está en todas partes y se traduce hasta en los duros ataques que algunos sacerdotes hacen ante sus alumnos con respecto a las ideas conservadoras que profesan los padres de éstos.

Si no se pone coto a esta actitud de esa parte del Clero a que estamos refiriéndonos, cundirá dentro de los conservadores el desánimo para actuar en política, o, por lo menos, para seguir actuando en una línea combativamente católica. Es de notar que ese desaliento —engendrado por la causa que señalamos —ha venido manifestándose en los últimos años y alcanzó alarmantes caracteres en las elecciones generales de marzo de 1957. Si ahora nuestro Partido ha recobrado sus antiguos bríos es sólo porque está entusiastamente unido en torno de una candidatura presidencial que todos los conservadores estimamos de salvación nacional.

Paralelamente al debilitamiento del Partido Conservador se producirá en el Partido Liberal un explicable alejamiento de la posición pro católica que esa colectividad mantiene en gran parte por lealtad a sus aliados conservadores.

Debilitado el Partido Conservador, alejado

el Partido Liberal de su posición actual ¿qué fuerza política cumplirá dentro del Parlamento la misión de defender los intereses católicos?

No es aventurado responder que ninguna.

La Falange Nacional —hoy Partido Demócrata Cristiano— dice ser el único intérprete fiel de la Doctrina de Cristo en la política chilena; pero, en el hecho, no ha demostrado jamás valor ni entereza para jugarse por esa doctrina. Por el contrario, ese Partido se esmera en proclamar que no es una entidad confesional y que la Religión nada tiene que ver con la política; mantiene las más estrechas relaciones con las colectividades anti-religiosas, incluso los marxistas; hace gala de la más amplia tolerancia ideológica —tolerancia que no extiende a nosotros— y permanece ausente o participa a regañadientes en cada batalla que nosotros libramos dentro del Congreso en defensa de los intereses católicos.

Por lo demás, el Partido Demócrata Cristiano no tiene la fuerza propia ni la gravitación en otras colectividades que serían indispensables para reemplazar al Partido Conservador. Durante casi 20 años, su representación parlamentaria no pasó de cuatro diputados y un senador, elegidos casi siempre con los votos sobrantes de las votaciones de otros Partidos de Izquierda; y si en 1957 aumentó bruscamente su representación a 14 diputados, ello se debió en parte a sus habilitados pactos electorales con las fuerzas más disímiles y en parte al auge que tuvo la candidatura Frei laboriosamente trabajada, antes de que se hubieran proclamado otros candidatos presidenciales.

Para apreciar debidamente el obscuro porvenir que se presentaría a la defensa de los intereses católicos en caso de debilitarse el Partido Conservador, es necesario tener presente que los vastos sectores, de todas las clases sociales, que hoy siguen a este Partido, no irían sino en muy pequeña proporción a engrosar las filas del Partido Demócrata Cristiano, pues los 20 años de lucha entre ambas colectividades y sus profundas diferencias conceptuales hacen imposible que se produzca entre ambas una transmisión apreciable de fuerzas. Lo más probable sería que la gran mayoría del elemento católico de Derecha se abstuviera de toda acción política, como en parte ya estuvo ocurriendo a conse-

cuencia de la hostilidad de un sector del Clero, o bien, que ese elemento se decidiera a acompañar a otros partidos, del todo carentes de definición religiosa.

Es con esta grave aprensión, que conturba profundamente nuestros espíritus, como nos hemos decidido a plantear respetuosamente ante la Santa Sede el grave daño que está infiriendo a la causa católica de Chile, la imprudente, apasionada e injusta intromisión de una parte del Clero y de la Jerarquía Eclesiástica en las divergencias políticas entre católicos. Si nos hemos decidido a dar este paso es porque creemos cumplir de ese modo un deber imperativo de conciencia.

Corresponde, por cierto, a la Santa Sede y no a nosotros, determinar cuáles son los medios convenientes para evitar que la situación a que nos referimos se prolongue y se agudice ocasionando un perjuicio irreparable a la causa católica en la política chilena.

Esta exposición sería incompleta si no señaláramos someramente las principales diferencias que separan al Partido Conservador del ahora llamado Partido Demócrata Cristiano.

Es necesario hacerlo, porque la prédica de la Falange, desde su fundación, ha tendido a presentar al Partido Conservador como una entidad enemiga del progreso social, sorda y ciega al dolor de los humildes e integrada por malos católicos que sólo perseguirían en la política la satisfacción de sus intereses egoístas. Esta campaña ha producido sus frutos por provenir de elementos de extracción conservadora, pero esos frutos los ha cosechado mucho más el marxismo que la Falange.

Paralelamente la Falange se ha declarado la auténtica depositaria de las doctrinas sociales de la Iglesia, pero sus aspiraciones en el orden económico-social nunca se han traducido en planteamientos concretos ni en iniciativas propias en beneficio del pueblo.

Para apreciar la realidad, es preciso conocer aunque sea en síntesis la evolución social de Chile.

Chile fue, durante la dominación española, una pequeña, remota y olvidada Colonia, mera dependencia del Virreinato del Perú. Nuestra situación geográfica en el último extremo del mundo, nuestra producción agrícola escasa y en todo similar a la europea, nuestra

carencia casi total de metales preciosos, y, sobre todo, la secular rebeldía armada del pueblo araucano, que sólo concluyó muy avanzada la República, determinaron que este país, lejos de presentar a la Metrópoli atractivos económicos, le significara constantes e ingentes desembolsos. Como consecuencia lógica de ellos, cuando Chile se independizó, su desarrollo cultural y material se hallaba mucho más atrasado que el de todas o casi todas las naciones americanas.

En el siglo pasado y en los comienzos del actual, los Gobiernos conservadores, primero, los liberales después, y los de coalición, más tarde, transformaron rápidamente y en forma profunda el estado social que hemos señalado. Se estableció en Chile —a diferencia de otros países latinoamericanos— un régimen constitucional estable y firme, de inspiración democrática, que prevalece con pocas modificaciones hasta nuestros días; se construyeron con ingentes sacrificios colectivos, carreteras, ferrocarriles, puertos y obras públicas de toda clase; se realizó un enorme progreso en las actividades económicas particulares, desarrollándose intensamente la agricultura y la minería y cimentándose sobre bases sólidas la industria fabril; se dotó al país de servicios médicos y hospitalarios y de obras sanitarias, y, sobre todo, se civilizó y educó al pueblo mediante una vasta acción educacional, que fue la preocupación preferente del Estado, de la Iglesia y de muchos particulares.

Desgraciadamente, la situación geográfica, la configuración territorial y la escasa superficie agrícola cultivable del país, coincidiendo con un rápido aumento vegetativo de la población, no permitieron al desarrollo económico tener la misma velocidad que el progreso cultural, y por esta causa llegó a producirse un fuerte desequilibrio entre la cultura y las aspiraciones materiales de un pueblo que es naturalmente ambicioso y dispendioso, y el standard de vida que permite nuestra realidad económica.

Ese desequilibrio existe, por lo demás, en casi todos los países americanos, no obstante que poseen territorios más ricos y pueblos más fáciles de satisfacer.

Desde los albores de este siglo, recién promulgada la Encíclica Rerum Novarum, el Partido Conservador, adelantándose a casi todos los partidos chilenos y a la mayoría de

los católicos del mundo, hizo suyas las ideas del venerado Pontífice León XIII, incorporándolas a su programa y traduciéndolas en una serie de iniciativas parlamentarias que hoy constituyen la médula de la legislación social chilena, una de las más avanzadas del orbe. Por vía ilustrativa acompañamos a la presente un ejemplar de nuestro Programa y una lista de las principales realizaciones conservadoras en materia de legislación social.

Desgraciadamente, y a pesar de que Chile precedió en la legislación social a casi todos los países del mundo, la acción socialista iniciada alrededor de 1910, que en parte derivó al comunismo y que ha influido poderosamente al Partido Radical, supo explotar hábilmente el malestar económico, difundiendo la convicción de que la pobreza de los más era consecuencia exclusiva de la riqueza y el egoísmo de unos pocos y creando en vastos sectores proletarios un fuerte odio social. Como consecuencia de ello, sobrevino por una parte la desintegración del alma nacional, y, por la otra, el desapego de muchos por su trabajo, las frecuentes huelgas legales o ilegales y la adopción de toda clase de medidas legislativas y administrativas de abierto carácter demagógico y de perniciosos efectos en nuestro desarrollo económico.

Estos males se cristalizaron con el triunfo del Frente Popular en 1938, al cual ha seguido un período de 20 años de predominio izquierdista. Cediendo a imperativos demagógicos se ha mantenido una política aparentemente destinada a mejorar la condición de vida de las clases necesitadas, pero en verdad ha agotado nuestras reservas, ha mermaado enormemente los capitales de que Chile disponía, ha provocado un terrible proceso inflacionista, con sus ineludibles consecuencias materiales y morales, y ha terminado por originar una crisis de incalculables consecuencias, cuya primera etapa ya estamos sufriendo.

En este medio, se han perfilado nítidamente las posiciones de Izquierda y de Derecha.

Derechistas nos llamamos los que frente a la inferioridad económica de nuestro pueblo, hemos luchado seriamente, honestamente, por mejorar su condición, procurando el fomento de la producción, la sobriedad en los gastos fiscales y la dictación de leyes realistas y eficaces. Derechistas hemos sido los que tratamos de mantener la armonía social,

la cooperación de las clases entre sí, como único medio eficaz de obtener el progreso nacional.

Izquierdistas han sido y son los que favorecieron todas las medidas demagógicas a que antes nos referimos —muchas veces a conciencia de sus nefastos resultados—. Izquierdistas han sido y son, sobre todo, los que, para obtener éxito fácil, azuzan el descontento popular, siembran el odio de clases y tratan de dividir al país en dos sectores irreconciliables.

En este cuadro, el Partido Conservador ha sido derechista, no obstante que, colocado en el plano europeo o en el de los demás países de América, sería clasificado, por sus ideas y realizaciones y por encerrar en su seno a todas las clases sociales, como un típico partido de Centro, similar a los Partidos Demócratas Cristianos del Viejo Mundo.

La Falange Nacional, en cambio, ha sido y es izquierdista. Sus hombres —no obstante que muchos de ellos conocen la realidad económica y social— no han planteado soluciones propias, pero han cooperado entusiastamente a adoptar cuanta medida demagógica se propiciaba. Además —y esto es lo que más claramente los singulariza como Partido de Izquierda— han contribuido directa y permanentemente a avivar el odio entre las clases y a estimular los conflictos sociales.

La animadversión de la Falange contra el Partido Conservador ha sido uno de los motores de su acción, casi su razón de ser. Siempre llanos a pactar con las fuerzas masonicas, marxistas o comunistas, han repudiado en sus Convenciones todo entendimiento con nuestra colectividad.

Nosotros no tenemos autoridad para condenar la posición izquierdista de la Falange, ni pretendemos soberbiamente que nuestra posición política sea la única lícita para los católicos. Pero sí afirmamos y sostenemos nuestra recta intención y nuestro propósito primordial de tender a la realización de un orden social cristiano; y afirmamos y sostenemos, también, que nuestra posición económico-social es perfectamente lícita y que en nada contraviene a las enseñanzas pontificias. Como consecuencia de ello, pensamos que los laicos o los sacerdotes que nos reprueban desde el punto de vista de los principios católicos, cometen una grave injusticia.

Nos confirma en la idea señalada el hecho de que nuestro Partido recibió pruebas de deferencia y de una implícita aprobación, por parte de los predecesores del actual Nuncio, especialmente de parte del Excmo. señor Zanin, hoy Nuncio en Buenos Aires, y de su ilustre antecesor, Monseñor Silvani, en cuyo traslado de Chile influyó oficialmente el Gobierno del Presidente Radical señor Juan Antonio Ríos, a petición del entonces Ministro de Obras Públicas don Eduardo Frei, como debe constar en los Archivos del Vaticano.

Pero, si importantes son las diferencias señaladas, hay otro problema que ha determinado el divorcio absoluto entre ambos sectores.

Ese problema es el Comunismo.

Nuestro Partido ha combatido al comunismo en todos los terrenos, sin dar ni pedir cuartel. Desde 1940, sostuvimos que la secta internacional debía ser privada de derechos políticos. En 1948 concurrimos con el Gobierno del Presidente González Videla, con los Partidos Liberal, Radical y Democrático y con una fracción socialista, a dictar la Ley de Defensa de la Democracia, que prohibió la organización, existencia y propaganda del Partido Comunista y privó a sus miembros de derechos cívicos. Después hemos logrado, junto con el Partido Liberal, impedir hasta ahora la derogación de esa Ley.

La Falange, en cambio, ha practicado y practica la política de "la mano tendida". Casi desde su fundación tiene concomitancias estrechas y permanentes con el comunismo en el campo electoral, parlamentario y sindical. Al dictarse la Ley de Defensa de la Democracia, estuvo contra ella, y su principal impugnador en el seno del Congreso fue el destacado "líder" falangista, entonces diputado, don Radomiro Tomic, de estrechas y conocidas vinculaciones con el Gobierno comunista de Yugoslavia. Después de dictada esa Ley, la Falange ha preconizado invariablemente su derogación, contribuyendo decididamente a arrastrar a esta posición a los radicales, que lógicamente no aceptan parecer menos izquierdistas que los llamados demócratas cristianos. Y en la actualidad la Falange forma parte de un Bloque Parlamentario integrado por los comunistas, cuyo objeto principal es la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia y que inició sus labores derribando de la Presidencia de la Comi-

sión de Constitución, Legislación y Justicia de la Cámara de Diputados al ex Embajador ante la Santa Sede, señor Raúl Yrarrázaval, para sustituirlo por el diputado comunista José Oyarce y obtener de ese modo la inmediata aprobación de disposiciones que devolvían a los comunistas el derecho de votar y el de optar a cargos de senadores, diputados y regidores.

La posición de la Falange frente a la Ley de Defensa de la Democracia es tanto más inexplicable, cuanto que esa Ley fue dictada con el concurso de una inmensa mayoría nacional a raíz de que el comunismo pretendió mediante la subversión, en 1947, entronizarse en el Poder, lo que sólo pudo evitarse gracias a la reacción enérgica del Presidente González Videla y a la cooperación incondicional que a éste prestaron todas las fuerzas democráticas con la sola exclusión de la Falange y otros partidos pequeños.

Por lo demás, nadie puede discutir la eficacia de la Ley a que nos referimos, porque ha determinado un notorio debilitamiento del Comunismo sin necesidad de recurrir a medidas violentas.

La Falange pretende justificar su posición adversa a la Ley de Defensa de la Democracia, arguyendo que en los países europeos no existen legislaciones semejantes. El hecho es efectivo sólo en parte, porque en Alemania Occidental existe una legislación parecida y en ciertos aspectos más rigurosa; pero mucho más efectivo es que algunos países como España en la década del 30 y como Polonia, Hungría, Checoslovaquia, etc. en la actualidad, han tenido y tienen que sufrir inmensos dolores por no haber reprimido a tiempo la acción comunista. Comprendemos que Italia y Francia no tengan una legislación de ese tipo, porque es políticamente imposible poner fuera de la Ley a un 30 ó 40% de la población, además de que esas naciones no están expuestas por ahora a un golpe de fuerza del comunismo, porque tal golpe desataría la guerra mundial. Comprendemos, también, que carezcan de aquella legislación Gran Bretaña o Bélgica porque no sufren el peligro comunista. Pero en un país como el nuestro, esa Ley es útil y necesaria, porque el comunismo ya procuró una vez entronizarse por la fuerza en el Poder y, porque, si bien el comunismo es electoralmente débil, llegó hace poco más de 10 años a controlar gran parte

de los centros vitales del país, como son las minas de carbón, los ferrocarriles y ciertos servicios de utilidad pública.

Por lo demás, y cualquiera (sic) que sean las circunstancias en el resto del mundo, nos cuesta concebir que un partido católico sea el que encabece la lucha por conceder la libertad de propaganda y de acción —que hoy no tiene— a una secta cuya doctrina ha sido declarada por el Sumo Pontífice “intrínsecamente perversa”.

En resumen, aunque la Falange —hoy Partido Demócrata Cristiano— manifiesta verbalmente ser anticomunista, su conducta práctica es de absoluta tolerancia, cuando no de cooperación con el comunismo. En ese terreno, los dirigentes falangistas han llegado a actitudes tan pasmosas como la del senador Frei, que no hace muchos años con ocasión de haber sido derribado, con el beneplácito de la Iglesia de Guatemala, el Gobierno comunista o filocomunista de ese país, encabezó junto con el Presidente del Partido Comunista, don Elías Lafferte, el poeta comunista Pablo Neruda y el senador marxista don Salvador Allende, el desfile de protesta que realizaron los comunistas por las calles de Santiago.

Su Eminencia el Cardenal Caro, Arzobispo de Santiago y Primado de Chile, que goza en nuestro país de un extraordinario y general respeto y a quien nadie podría calificar de parcial en las diferencias entre católicos, condenó públicamente, el 10 de diciembre de 1947, ciertas actitudes pro comunistas de la Falange. El Secretario del mismo Arzobispado, Monseñor Alejandro Huneeus, en el órgano oficial de la Arquidiócesis, acaba de declarar que la derogación de la Ley de Defensa de la Democracia es un acto que favorece directamente al comunismo; pero no se ha advertido ni se advierte de parte de los llamados demócratas cristianos ningún propósito de enmienda.

Mueve a espanto imaginar los caracteres que tomaría en Chile el peligro comunista, si llegara a perder su poderío el Partido Conservador en beneficio del Demócrata Cristiano.

Desgraciadamente, algunos sacerdotes son copartícipes y hasta inspiradores de esas actitudes favorables al comunismo, no obstante que ellas contrarían clarísimas disposiciones del Santo Padre, reiteradas por los más

altos Prelados de Chile. Y también tienen responsabilidad en esas actitudes algunos Obispos, especialmente al que tomó la defensa pública de la Falange contra el Arzobispado de Santiago en 1947, y que ahora ha tratado de rebatir públicamente, en el diario falangista, al Secretario General de la Arquidiócesis, provocando entre los católicos la natural perplejidad.

No obstante todo lo expuesto, creemos que el Clero, con no muchas excepciones, no solidariza con la posición pro comunista de la Falange, y pensamos que las actitudes favorables a ese Partido y contrarias al nuestro, adoptadas por un gran número de sacerdotes, obedecen solamente a su falta de conocimiento de la realidad política y a la errada creencia de que el Partido Demócrata Cristiano es similar a las colectividades del mismo nombre que existen en Europa y especialmente a la de Italia.

Nada más errado que esa idea. La Falange no tiene casi nada en común con las Democracias Cristianas de Italia, de Alemania o de Bélgica, con las cuales, en cambio, se asemeja profundamente el Partido Conservador. Sólo la tenacidad falangista, el desconocimiento que en Europa existe por los países latinoamericanos y los equívocos a que puede inducir el nombre tradicional de nuestro Partido, han podido determinar que a los Congresos Demócratas Cristianos no se invite a nuestro Partido, a pesar de que éste tiene el honor de ser una de las más antiguas colectividades de esa ideología en el mundo.

---

El Partido que representamos está integrado por hombres, y puede, por lo tanto, caer en error.

Estamos dispuestos a acoger con humildad y con espíritu de rectificación todas las críticas que puedan formular las Autoridades Eclesiásticas con respecto a nuestro Programa o a nuestra acción práctica.

Pero no podemos mirar con benevolencia ni con tranquilidad la persecución injusta y negativa que contra nosotros se realiza en la forma ya explicada.

Al señalar a V. E. los graves males que esa persecución pueda producir, suplicamos a la Santa Sede abocarse al conocimiento del asunto con el interés que merece.

Por nuestra parte, ofrecemos a V. E. las

aclaraciones y antecedentes que estime del caso solicitarnos y nos complacemos en manifestarle que estamos en condiciones de probar cada uno de los hechos que hemos expues-

to, si V. E. lo estima conveniente.

Cón los más altos sentimientos de respeto y consideración, saludan muy atentamente a V. E.

**Jorge Prieto Letelier**

Presidente del Partido Conservador Unido

Francisco Bulnes S., Primer Vicepresidente, senador por O'Higgins y Cochagua, Ismael Pereira L., Segundo Vicepresidente, diputado por el Tercer Distrito de Santiago, Juan Antonio Coloma M., senador por O'Higgins y Colchagua. Ex Presidente de la Cámara de Diputados.

Alfredo Cerda Jaraquemada, senador por Aconcagua y Valparaíso, Enrique Curti C., senador por Concepción, Luis Felipe Letelier I., senador por Talca, Curicó, Linares y Maule, Bernardo Larraín V., senador por Santiago, Raúl Yrarrázaval L., diputado por Llanquihue, ex Embajador ante la Santa Sede, Hugo Rosende, diputado por el Primer Distrito de Santiago.

Héctor Correa L., diputado por Chiloó, ex Presidente de la Cámara de Diputados, Manuel J. Yrarrázaval L., diputado por Coquímbo, Héctor Ríos I., diputado por Aconcagua, Alberto Decombe, diputado por Valparaíso, Edmundo Eluchans, diputado por Valparaíso, Hernán Romani, diputado por Valparaíso, Jaime Egaña B., diputado por el Primer Distrito de Santiago, Juan Valdés R., diputado por el Segundo Distrito de Santiago, Luis Valdés L., diputado por el Cuarto Distrito de San-

tiago, Salvador Correa L., diputado por O'Higgins, Arturo Domínguez B., diputado por O'Higgins, Carlos J. Errázuriz E., diputado por Colchagua, Pedro González F., diputado por Colchagua, Sergio Díez U., diputado por Talca, Enrique Serrano M. R., diputado por Concepción, Mario Ríos P., diputado por Biobío, Juan de Dios Reyes M., diputado por Arauco, Juan Winter, diputado por Malleco, Gustavo Loyola V., diputado por Cautín, Fernando Aldunate E., Vocal de la Junta Ejecutiva del P. C. U., ex Embajador en Argentina, ex senador, Joaquín Prieto Concha P., Vocal de la Junta Ejecutiva, ex senador, Alfredo Silva Carvallo, Vocal de la Junta Ejecutiva, Director del Diario "La Unión" de Valparaíso, ex diputado, Luis Larraín C., Vocal de la Junta Ejecutiva, Adriana Cruz de Valdés, Vocal de la Junta Ejecutiva, Julio Subercaseaux B., Vocal de la Junta Ejecutiva, Margarita Solar G. H., Presidenta de la Sección Femenina, Regidora de la Municipalidad de Santiago, Luis Manríquez Reyes, Presidente de la Juventud Conservadora (Los firmantes constituyen la totalidad de la Junta Ejecutiva y de los Senadores y Diputados del Partido Conservador Unido).